



FEDERICO SCHILLER.

La Sonata.—El concierto.—Fantasías y caprichos.

Contemplando la *sonata* núm. 37 de Beethoven que pocas noches antes había tocado el excelente pianista Oscar de la Cinna en el salón del Teatro Real, y puesta la mano sobre un hermoso ejemplar de los que escribió Domenico Scarlatti para su augusta discípula la reina Bárbara, esposa de D. Fernando VI, me afligía la desconsoladora idea de que el *gusto* en materia de música, varía por lo menos cada veinte años. Hablo del gusto de la generalidad, pues para los que rinden verdadero culto á Euterpe, lo bello siempre es digno de su admiración, ya se presente bajo esta ó aquella forma.

Pasó el tiempo en que la *sonata* brillaba con todo su esplendor. Nuestros abuelos la rindieron verdadero culto, y puede decirse que el siglo XVIII fué esclavo de la sonata. El célebre Fontenelle quiso en un momento de mal humor protestar contra el ídolo y exclamó: *¡Sonate que me veus tu?*

Esta original exclamación del autor de la *Pluralité des mondes*, tan celebrada entonces como repetida posteriormente, ha sido parodiada por Mr. Fetis. El sábio director del Conservatorio de música de Bruselas ha dicho á su vez: *¡Sonate, on es-tú?*... Efectivamente, la sonata murió á *sotto voce*, sin ceremonial ni oración fúnebre.

¿Qué cosa era la sonata? preguntará quizá algún curioso lector. La sonata, cuyo nombre deriva seguramente del verbo italiano *suonare*, era y es, á pesar de que poquitas ó ninguna son las que se componen actualmente, una sinfonía en miniatura, pieza clásica bajo todos conceptos, algo pedagógica por su severidad y difícilísima en general, particularmente aquellas que están escritas para un solo instrumento.

Las sonatas para piano suelen tener en acompañamiento de violonchelo ó viola; también las hay para piano y violín, y casi todas se dividen en dos ó tres partes: un *allegro*, un *andante* y un *rondó ó presto*. Entre las tan celebradas de Sebastian Bach, se ven algunas de cuatro y hasta cinco partes. Carlos Mannel Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Clementi, Cramer y Humel han dejado magníficas sonatas para piano, y Corelli, Tartini, Locatelli, Viotti, Playel, Kreutzer y Baillot han escrito preciosísimas para violín. Con el mismo título, Francischelo y Dupont compusieron obras apreciables para violonchelo, y hasta Krumpholtz ha hecho lo mismo para el arpa.

La sonata, para ser tocada con primor requiere correctísima ejecución, y un estilo particular que no poseen todos los instrumentistas del día, porque esta clase de música no admite ninguno de esos adornos, saltos y carreras con que consiguen deslumbrar muchas de las celebridades contemporáneas. En España, apenas queda ya rastro de la sonata, mientras que en algunas capitales del extranjero todavía puede pasar muy buenos ratos el aficionado á la música clásica, oyéndolas tocar á ciertas especialidades. El difunto Baillot, á quien Francia debe en parte la falange de violinistas de su brillante escuela, sabía traducir maravillosamente los bellos conceptos de Tartini y otros grandes maestros. El mismo Liszt, tan incorrecto y extravagante, mientras se propone deslumbrar al vulgo con su *ejecución prestidigitadora*, sabe sin embargo tocar cuando quiere, de una manera admirable las sonatas de Beethoven.

Pero si la sonata ha muerto, ha resucitado en parte con el *concierto* (1) ó concierto, como decimos los españoles. Este se compone

(1) Palabras italianas que debe pronunciarse como si dijera *concerto*.

como aquella de un *adagio*, un *allegro* y un *rondeó* final, y ha llegado á adquirir tales proporciones que así como la sonata es una sinfonía en miniatura, el *concerto* se remonta á veces á la altura de la sinfonía clásica. En el día no hay entre los instrumentistas celebridad artística clásica. En el día no hay entre los instrumentistas celebridad artística clásica. En el día no hay entre los instrumentistas celebridad artística clásica.

Los grandes compositores como Bach y Mozart prodigaron en sus fantasías, pensamientos originales y un profundo saber. Allí se ven modulaciones atrevidas, combinaciones armónicas en las que la maestría del compositor aparece sin pedantismo, pasajes en fin, donde el ingenio brota á placer. La fantasía moderna se reduce á un tema de ópera ó de baile variado y arreglado siguiendo el autor una pauta que, con raras excepciones, varía muy pocas veces. El plan es siempre el mismo; lo que más interesa en la tal fantasía suele ser el tema que los motiva.

Las fantasías de Stebel para piano han gozado con justa razón de gran reputación, ó inauguraron el camino que tantos compositores han seguido posteriormente. La que escribió sobre motivos de la *fauta encantada* de Mozart, fué muy celebrada á su aparición. Los que ahora aprenden á tocar el piano, apenas si la conocen, ni aun de nombre.

E. V. DE M.

LA LUNA DE ENERO.

I.

Allá en el invierno de 1836, residía yo en una ciudad de provincia, cuyo nombre no tendría inconveniente en declarar si el lector pudiera interesarle. Un día... muerde por cierto, que á su fatal fallo arrojó en parte mi desdicha, tuve la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, traducidos unos del francés y copiados otros con infidelidad de originales. A cosa de las cuatro de la tarde me senté á leerlos con ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas y páginas sin la debida distinción intelectual.

Yo embelesado estaba con las maldiciones, parricidios, incestos, adulterios y otros juguetillos románticos, que ni aun vi la mano bienhechora que al anochecer dejó un velón en mi bufete; por manera que hasta el momento de dejar un drama concluido para coger otro nuevo, única tregua concedida á la lectura, no supe que á la luz del sol había sucedido la luz artificial, accidente para mí sorprendente y misterioso. Mi rostro estaba encendido como una hoguera, hecha un ascus mi cabeza; las letras pasaban confusamente delante de mis ojos, cual procesion de fantasmas ó disciplinantes encapuzados... Iba á desfallecer, pero á despeño de mi cansada y turbia vista quise apurar las heces del último drama. Faltábanme ya muy pocos crímenes que saborear; acercábanse al postero, al indispensable suicidio del protagonista. ¡Ea justo dejólo bueno y sano, gordo y...? gordo no, que todos los héroes románticos tienen que ser encanijados y andanques; pero gordo ó flaco ¿era justo dejarle con vida si él que había envenenado á todos, desde la dama al apuntador inclusive? No, acercábase la hora de la expiación; relamiame los labios con las dulces imprecaciones finales; cuando ¡qué horror! el velón relumbro con luz mas viva en que agotó sus fuerzas, y murió, ¡murió también dejando impune al asesinato!

Como es de suponer, sin luz mi habitación quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que el lector no la haya observado á su debido tiempo. Era la habitación de un poeta; bajo una capa de polvo bastante espesa, un anticuario que quisiera hacer excavaciones, habría descubierto infaliblemente algunos muebles y muchos libros y manuscritos inteligibles.

Allá por lo profundo, en el silencio sepulcral de la noche, percíbase un ruido sordo y monótono: producíalo el viento raedor de los ratones que dominados de mi misma adicción, se estaban tranquilamente en románticos fragmentos. Es de advertir que estábamos en enero y que

mi grito zoolia aquellos días, ó mas bien aquellas noches, hecho un galán calderoniano. El débil reflejo de la luna que está de lleno en la pared de enfrente, penetraba apenas por los escarchados vidrios de mi ventana. ¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversacion á la cándida virgen de la noche? ¡Quién siente el intenso frío de enero, si la diosa de los amantes desgraciados le dirigen sus lánguidas miradas? De pechos en la ventana hallaba consuelo mi agitado espíritu en los tranquilos rayos lunares, y solaz en la oscura mi ardorosa frente.

Descollaba ante mis ojos un negro y gigantesco edificio coronado de magnificas torres y góticas agujas, las cuales suavemente iluminadas por la luna velada de trasparentes nubecillas, producían sombras fantásticas y caprichosas; hacíalo parecer fundado sobre el abismo la oscuridad de la angosta calle que ocultaba todo el primer cuerpo, y completaban tan siniestro cuadro las lechuzas que revolando por los espiteles daban al aire su despreciable y fatídico grazido. Estaba hermosa la catedral con sus fúnebres atavíos, sublime con su negra melancolía.

¡Qué impresión me hizo aquel espectáculo! ¡qué recuerdos me excitó! Yo lo contemplaba absorto, ensogado. Flotaban en mi memoria los héroes novelescos con el séquito correspondiente de puñales y venenos; con ellos sus venganzas, con ellos sus adúlteros amores, los barcos que los costaban y en laud tristemente olvidados sobre la roca.

Engolfado en tan dulces ilusiones, no había reparado en qué la luna, sin darsela un ardite por todas ellas, hacía ya los bordes de su timba; las torres proyectaban sobre el tejado de la iglesia sombras mas prolongadas, y dos fuertes campanadas poblaron el ámbito, haciendo estremecer el viento con retumbantes vibraciones; amudació luego toda la naturaleza; todo quedó en reposo; el tiempo mismo parecía haberse echado á dormir. ¡Así juzgaba yo pobre de mí, que ignoraba que no hay cabezal bastante blando ni narcótico asaz fuerte para las pasiones frenéticas que, enseñoreándose del corazón humano, traban con la razón un combate sin tregua ni reposo! ¡Ay! estaba escrito que aquella noche presenciase yo un acontecimiento para que no olvidare nunca tan recordada verdad.

En el tejado de la catedral aparecieron dos negros bultos que lenta y cautelosamente se encaminaban á cobijarse bajo la sombra del cimborrio. Confieso mi pecado: no pude reprimir un movimiento de sorpresa y curiosidad, un grito de alegría. Iba en duda á presenciarse una aventura novelesca; no eran aquellas las ilusiones de mis dramas, los rastros de luz de aquellos cometas fatídicos; era la realidad, la naturaleza pura, la verdad. Sentía el ruido de las tejas, veía agitarse dos negros bultos en incierto giro, y si tal vez echaba de menos el lente para distinguirlos con claridad, como los abandonaba, como los perdía de vista un solo instante para buscarlo, cuando ni siquiera me atrevia á respirar!

Las dos personas en tanto iban acercando á la cúpula protectora, y confundidas con sus propias sombras y las curvas de las canales, tomaban formas caprichosas que llegaban á confundirme cierto respecto. El sitio, la hora, una ósis suficiente de miedo que debió lángidamente confesar, dábanlos cierto barniz sobre natural y misterioso. De repente me estremecí al sentir en *tondanza* un grito horrible lanzado por otro tercer personaje que apareció en la escena. No era tampoco precisamente aquel berrido español; era el eco de la venganza; tenía algo del rugido de la tigre que vaga por el desierto huscando sus perdidos cachorros. Los bultos primeros se escondieron apresuradamente, y en la oscuridad escatellaban sus ojos como una luz fosfórica, como un fuego fúnebre sobre las tumbas de un pueblo enterrado. Aquella mirada terrible, aquellos ojos ardientes, aquella luz siniestra, iluminaron de repente mi memoria, encendieron mi fantasía, y no fué necesario mas para que yo supiese á qué á tenerme respecto de los personajes del drama atroz que iba á representarse para un solo espectador en el magnífico teatro de los tejados de la catedral.

II.

Algunos años antes de estos acontecimientos, había nacido un niño á quien pusieron por nombre Esquilón, por ser hijo del campanero de la catedral que murió satisfecho dejándolo en posesión de su oficio. Su morada era el campanario; si alguna vez salía él nunca de las cercanas galerías y claustros del obscuro templo. Victor Hugo habrá tenido noticia de él su duda para crear á Quasimodo, ó tal vez yo había tenido noticia de Quasimodo antes de reparar en Esquilón; no estoy en lo cierto; el lector resolverá la cuestión: ello es que entre los dos se observan grandes puntos de semejanza. Su aspecto era ceñudo, su condiccion adusta y desahrida. Pero bajo tan broncos apariencias abrigaba un sentimiento blando y cariñoso que la ternura sabe buscarse, hospedarle en erizos con figura humana. Una gaita finta y relamió era su Esmeralda, el ser privilegiado que lograba desinmbrar su faz sombría, el único partícipe de los gorrones y ven-

cejos que cazaba el diestro campanero, enemigo más terrible que conocieron jamás los chillones pajaritos.

Un día solemne, después del toque de vísperas, desde el baluarte de la torre que caía perpendicular sobre el pórtico del templo, contemplaba Esquilón atentamente los mendigos que piden limosna. Entre ellos había una joven fresca y rolliza que alargaba también su linda mano á los devotos que entraban á la iglesia. Jamás los melancólicos é indiferentes ojos del campanero se habían fijado por tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí, y al poco rato vésele con asombro traspasar por primera vez el dintel de la puerta y arrebátar en sus brazos á la joven penitente, súbela á su habitación, la dejó sentada, y se apartó con respeto mirándola con ojos abrasadores. Ella estaba trémula y sin volver en sí del natural asombro y primer sobrecogimiento.

—¿Eres moza? ¿Quieres casarte? le dijo por fin el raptor con voz agitada y balbucientes labios, procurando suavizar su acento hábitualmente bronco como aquel cuyo timpano está endurecido con sonidos fuertes. Si Esquilón hubiese conocido al mundo mas cerca que de las torres de la catedral, escusaría en todo tiempo preguntas indiscretas que habrían embarazado á la misma verdad, si la verdad fuere mujer soltera. Lo cierto es que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal modo trastornaron el juicio del apasionado Esquilón, que cogiendo segunda vez á la hermosa en sus robustos brazos, suhe como un relámpago al campanero, y... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oímos un repique mas estrepitoso, mas prolongado, y sobre todo mas estemporáneo. A poco tiempo fueron espansa Esquilón y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que ántes adquiríamos al campanero, no dejaba este de sospechar que su esposa era demasiado linda para que en su primitiva vida abandonada hubiese carecido de apasionados. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban á oír la magnífica orquesta de la capilla, tan cariativa, desinteresada, y abundantemente la socorrida, no llamaban sino y colorado, de su misma profesion, peñaba por la doncella en la época de la terrible interpelacion del campanero. Llamábale el Cojo, por tener una pierna que daba compasion cuando la exponía al público; pero que mas bien hecha y torcida no se presenta en la academia de San Fernando, si la quitaba ciertos trozos, cuando la noche tendía su mano encubridor. Esquilón amaba á su esposa con celos, y tenía que ser celoso; pero demasiado bueno, como tantos otros, y poco instruido además en las arterias de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oía una desde las suntuosas galerías del templo, observando el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un día en un sacristan que tocaba la campanilla en los ocelos divinos, y la castuta Rosa procuró reprimir su estremecimiento de gozo, al conocer bajo el roquete y la ropilla al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para tan singular metamorfosis: lo que inventó para quedarse escondido tras del portal del altar mayor, la destreza con que á la noche trepaba, lleno de tarrahas por las empujaduras y cornisas de las capillas y navez arriando por término de su viaje al tejado mas oculto, acobardado á Rosa, y aguardando la ocasion de hablarla y oírla en cara su infidelidad, fuera tarea para mí tan grata, como al lector molesta; baste asegurar que las temerarias travessuras del Cojo fueron observadas por algunos vecinos, y aunque sacó tan sólo algunas horas ménos de sueño y algunos resfriados de mas, porque la esposa del campanero por imposibilidad ó por virtud, no habia abandonado un instante siquiera el sagrado talamo, no fué menester mas para que las gentes diesen en mostrarse maravilladas de que Esquilón hubiese creyendo á palmos aquellos días: que no le basta á la mujer ser virtuosa para ser honrada, es preciso que no sea ligera, sobre todo cuando no puede disculparse por inocente.

III.

Con estos antecedentes conjeturó que Rosa al fin y al cabo habia sido débil, acediendo al engañoso reclamo del amante, y que el terrible marido acababa de cogerla in fraganti.

Los buitres agrupados á la sombra, ó sean el sacristan y Rosa, pues no me cabe duda de que élos fuesen, apenas osaban respirar, ni pestañear siquiera para no ser sentidos: era tarde; Esquilón se acercaba lentamente en sus rugidos de tigre con sus terribles ojos de gato nublado. En sus miradas leía yo el feroz intento de venganza; en su paso resonado la brevedad y la resolucion de llevarla á cabo. Cerca estaba Esquilón de los criminales, que segimos de haber sido descubiertos, por un instante de propia conservacion, se levantaron unánimes para huir; pero él se arroja al encuentro de los fugitivos, lanza un grito furioso, y cada uno de sus crispadas manos apretaba luego con desesperacion á cada uno de los desechados amantes. No pronunciaba,

no percibí al ménos una palabra. Holéme la sangre en las venas viéndoles casi al borde de la cornisa suspendida sobre un abismo. En vano desde mi ventana les llamaba con súplicas, con amenazas; el miserable sacristan impulsado por el brazo de hierro del ofendido esposo, atravesó el aire con fragor, y el estruendo de un cuerpo estrellado contra las baldosas resonó en el fondo de la lóbrega calle. Quedé mudo de horror.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaria satisfecha; que los lloros de la esposa ablandarian un corazon que hasta entonces idolatraba en ella; mas no fué así: aborrecíala tanto como la habia amado. Continuaba la lucha sacrilega entre los esposos: lucha terrible en que las esperanzas del uno solo se cifraban en la muerte del otro. Peleaban con encarnizamiento inaudito, con desesperacion; pero el combate no podia ser muy largo... ¡las fuerzas eran desiguales! ¡Ay! la pobre Rosa, agarrada con ambas manos al extremo del alero, colgada á plomo sobre el cuerpo exánime del infeliz amante, esforzándose por trepar al tejado, parecia una de esas matas secas agitadas por el viento que pendian del antiguo edificio. Esquilón inmóvil, un poco apartado contemplaba con repugnante serenidad su agonía; escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de la victima; pero al fin compadecido de sus gritos y lamentos acudió á su socorro, y ella asiendo una de las piernas del campanero, sacudióse con violencia, y las dos esposos con algunas tejas fueron á parar al abismo. En aquel drama si que ni un solo actor se habia salvado; en poco estuvo que el público, es decir, yo, no apelase tambien al noble recurso de los protogonistas.

IV.

Alarmada con mis gritos la gente de casa, subió á mi habitación y me encontró anegado en sudor de muerte, pálido y con el cabello erizado. Podé con entrecortadas razones indicarle algo de la catástrofe horrorosa que acababa de presenciar, y bajamos á la calle con luces por ver si milagrosamente alguno de los infelices victimas conservaba aun el aliento. Que sus almas no pereciesen ya que los cuerpos no podian salvarse. Un criado salió á toda prisa á llamar al alcalde, otro al cura y el cirujano, y los demás temblando, desparatados nos acercamos á tres buitos que divismos bajo las tejas que faltaban del alero, y... ¡oh sorpresa! ¡oh venganza! eran tres enormes gatos que yacian derrengados: el gigante de mi casa, que dejado holgar á los ratones, se iba á picos pardos é luzo el papel de campanero; uno negro rabon y sin orejas, que desempeñó perfectamente el de sacristan, y la malhadada gata de Esquilón á quien ambos cortejaban.

Encerréme en casa y en mucho tiempo no salí temiendo la rechifla de los muchachos del pueblo en el cual llegó á oírse la noticia de mis gritos, y la venida del cura, del alcalde y cirujano á presenciar la muerte de los tres gatos mas hermosos de la vecindad.

Mas no pasó acion los dias de entierro. Esporqué mi libreria de taulas novelas, cuentos y dramas espeluznadores que habian excitado mi imaginacion y extraviado mi buen juicio, y á los cuales atribuí mas que á la incierta claridad de la luna, mas que á mi cordada de vista y á la falta del lente, la gran parte que tuvieron en tan ridiculo suceso.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

Todo el mundo sabe que un brazo fraternal dió fin á la guerra civil en setiembre de 1850, dando á la vez nombre y fama á los campos de Vergara.

El duque de la Victoria mandando un ejército guerrido, victorioso y constitucional á fuerza de torrentes de sangre, se presentó poco después delante de Morella.

Allí estaba Cabrera que no teniendo por conveniente fraternizar, tomó las de Villadiego, á través de la frontera, y se refugió en Francia.

El ejército de la reina fué demasiado generoso con el guerrillero del Maestrazgo, ó el general carbata se burló por última vez de los soldados victoriosos de la Constitucion. De cualquier modo que fuese, este suceso dió al general Espartero el nuevo título de duque de la Victoria y de Morella.

Poco después, es decir, en setiembre de 1840, se verificó aquella gran parada, aquella revolucion militar, que se llamó pronunciamiento, y que dió por resultados inmediatos no desierro y una regencia.

La guerra estaba concluida, y el general en jefe era regente del reino.

La ambicion del general comenzaba á estar satisfecha. Mulo del ejército, adorado por la milicia nacional, envidiado y temido de los ambiciosos y de los intrigantes, respetado y querido de la multitud

bre, se declaraba regente del reino, y se hacía llamar Alteza en nombre de su popularidad, de su fortuna y de su gloria.

Y este hombre, mas militar que político, menos ambicioso que afortunado, mas bueno que grande, tuvo en su mano, como nadie, el destino de su patria y el porvenir de su partido.

La historia es el tribunal que juzgará á su tiempo al general Espartaco; él lo pudo todo, y la historia que lo absolverá de lo que hizo, no podrá perdonarle lo que dejó de hacer.

Asegurada la paz se empezaron á licenciarse las tropas cumplidas, y los soldados de Bilbao, de Barbastro, de Pardillas, de Heróni y de Cantavieja volvieron á sus hogares nativos, donde habían perdido ya la esperanza de volverlos á ver.

Y aquí empieza esta verdadera historia.

Juan Perez habia hecho la campaña en Navarra, y después de siete años de hambre, de sed, de desnudez y de frío, con algunas heridas por añadidura, recibió su licencia absoluta en Valencia. Habia servido de simple soldado. Era en octubre de 1840.

Cuando Juan Perez se vió en libertad de dirigir sus pasos adonde mas le fuera por conveniente, no pudo ménos de reflexionar seriamente acerca del partido que debía de tomar; y el asunto era grave, porque su vida de campaña y sus costumbres militares le habían hecho olvidar la pacífica quietud de su aldea, y los años de su infancia, y su madre, única familia que habia conocido en el mundo, murió dos años después de haber partido él para la guerra. ¿A qué volver á un sitio donde no encontraría á su madre, donde no podría vivir? Porque Juan Perez era un valiente soldado, y nada mas. Reflexionó, pues, pesó las ventajas y los inconvenientes de su posicion, y dándose una palmada en la frente, encontró la resolución del problema. Habia decidido tomar plaza de nuevo, volver al servicio, *engancharse*.

A Juan Perez le gustaba la guerra; nada era tan seductor para él como el aguardiente del campamento; el pan del cuartel le parecia insípido; pero el cuartel era al fin una casa, el uniforme un vestido, y el ser soldado un modo de vivir, y Juan Perez no tenia otra casa, ni otro vestido, ni otro modo de vivir.

Estaba decidido y, lo que es mas, satisfecho, orgulloso de haber encontrado la manera de salir del apuro, como él decia, habia dado en el *quid*.

Pero en el momento en que se encontraba mas contento de sí mismo, le dió un vuelco la sangre, sintió un golpe en el corazon, un peso en la cabeza que le hizo arrugar las cejas tan sombríamente como cuando disparaba su fusil español, y rascándose maquinalmente detrás de la oreja izquierda, se le escapó un juramento, y pronunció el nombre de una mujer.

Como si estuviera cansado, se sentó sobre el borde de la cama, unico mueble que le ofrecia el estrecho recinto de su alojamiento, y entabló consigo mismo un diálogo, una discusion acalorada; porque Juan Perez no queria renunciar á su feliz idea, y el mismo Juan Perez se sentia tentado de renunciar á ella; porque era el caso que habia tenido un recuerdo, y habia sentido no sé qué impulso secreto que le hacia caer en sus primeras vacilaciones, y se decia á sí mismo:

—Juan, tú no tienes á nadie allí, y no debes ir.

Y se replicaba á sí mismo:

—Juan, ¿quién sabe su suerte?... Tú debes ir.

—Si viviera mi madre... si Cecilia se acordara de mí... ¡Pobre Cecilia!... yo tambien la he tenido olvidada... ¿y qué demonios habia de hacer? Maldita sea la ordenanza, y el furriel... y el sargento primero, y el fusil que todo lo hace olvidar... ¡Ah! ya me vengaré... yo me desquitaré, juro á todos los santos del cielo no morder mas cartuchos; aborrozo la diana y la retreta, y todos los toques de guerrilla... ¡Pero á donde voy? ¿á qué voy? yo no tengo madre, ni hermanas, ni hermanos... ¿qué diablos he de hacer en mi aldea? No, no; me vuelvo al regimiento: así como así, yo no tengo mas familia que mi regimiento... ¡Cuánto lloró Cecilia!... ¡y qué si te vi nó me acuerdo! Este es el mundo;

El que bebe se emborracha.

El que no jura reniega.

¡Ay! al que se va lo olvidan,

Y al que se muere le entierran.

—Pero vamos á cuentas; para todo hay fugas en este mundo, el sargento Pelao lo decia, y siempre llegaba tarde; aquí del sargento Pelao...

Tan abismado se quedó en sus reflexiones, que no sintió abrir la puerta de su alojamiento, ni vió entrar al cabo Suarez que venia á echar con él la última copa de aguardiente, y no lo hubiera sentido á no dejar caer el cabo su mano áspera sobre la nuca espalda del licenciado.

—¿En qué diablo piensas?

—Pensaba en el sargento Pelao.

—¿Se Callas te ha hecho alguna de las suyas?

—No.

—Tú tienes ya la absoluta, y podemos hablar con confianza. ¿A qué te ha hecho las cuentas del gran Capitán? Así engordas tan lindo, á quien pude yo atravesar en el sitio de Irun, si no hubiera sido por ti. Desengáñate, Juan, el sargento Pelao será mi perdición: á la primera que me haga, me fusilará.

—No le tengas *tirria*, los hombres son como son, y abur del alma.

—Como tú sales de su domicilio me aconsejas así, pero mal rayo me abraze si se va al otro mundo sin un pásame.

—¿Quieres darme un consejo?

—Sí.

—He pensado engancharme.

—Abórcate primero, Juan.

—Es que yo no tengo madre.

—¿Ni hermanos?

—Ni hermanos... soy solo en el mundo.

—Ese ya es otro cantar.

—Aconsejame.

—Juan, esta vida es muy perra.

—Dime qué hago, y dímelo pronto, porque hace una hora que me parece que estoy en el infierno.

—Pues bien, no te enganches.

—¿Y á dónde voy?

—A tu casa.

—Yo no tengo casa.

—¿No hay ningun rincón en el mundo que te llame?

—Ninguno.

—Espere... yo tengo mas memoria que tú, y recuerdo en este momento que en Bilbao, aquella noche tan negra y tan fria, te abrieron dos ventanas en el pecho para que respiraras con mas libertad. ¿Te acuerdas, Juan? Tu ibas á paso de ataque; yo te recogí, te di aguardiente, apreté tus heridas, y te abrigué en el vientre de un caballo moribundo. Juan, te morías á chorros, y roncabas y gemías de una manera que parecia que estabas en conversacion con todos los demonios. Yo te encomendé el alma con tres maldiciones, y tú retorciéndote como una culebra nombraste á una mujer.

—¿A Cecilia!

—Ni mas ni menos. Esta es la segunda vez que te la oigo nombrar. Juan Perez se sonrió y suspiró al mismo tiempo.

(Continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

CAPITULO II.

LA MESA Y LA SOBRE MESA.

En un vasto salón decorado como las habitaciones de Versalles, dorado de arriba abajo y lleno de retratos que esclarecían solemnemente ciertas bujías, hay una larga mesa á cuyo alrededor están sentados cuarenta convidados, los mas nobles cazadores que revelan su origen septentrional brillan el valor, la resolución, la firmeza, la audacia y el amor desenfrenado de los placeres violentos. Trajes de gamuzas elegantemente bordados, diseñan sus formas vigorosas y ágiles, y sus piernas encerradas en sus oscuros pantalones, se pierden en el fondo de sus botas de montar. Ninguna de las penas de la vida ha dejado aun su huella en sus frentes blancos; sombreadas por cabelleras rubias y apenas algunos de ellos pueden mostrar con orgullo en sus labios frescos y rosados la dorada sombra de un bigote. Por detrás de sus sillones circulan criados en gran librea, embarazados por sus adornos prodigados sin gusto, imitación exagerada de lujo francés.

Hace ya muchas horas que dura la cena, y la conversacion comenzada, sigue en estos términos.

—Aquí de ayer cazamos zorras y Carlos cazó tres.

—Es cierto Reuschil, y hebo á vuestra salud vino de Borgoña rogando á estos señores que me imiten.

—Cuarenta copas de plata se llenaron en un momento por la mano de los criados, y se vaciaron de un solo trago por la de los dueños.

—Ayer dijo otra voz cazamos el lobo y Carlos mató diez.

—Tambien es verdad Lieven, y brindo á vuestra salud con este moscatil que llega del país del sol, que viene del medio día de Francia. Que mis compañeros correspondan á mis brindis con este gentil vino. El dorado mosto cayó chispeando en las copas que se habían de ser llenas de vino de Borgoña.

—Repítamse! exclamó Carlos.

—Repítamse!

Los criados que sabían lo que esto quería decir, llenaron tres veces las copas de moscatel.

—Hoy, dijo una nueva voz tan jóven como las dos primeras, pero también tan calorosa, hemos cazado osos, y Carlos ha muerto uno que era enorme, el mas monstruoso quizá que se haya visto en Suecia. Yo bebo á la salud de Carlos!

—A Carlos!

—A Carlos!

—Repítamos señores.

Y tres veces las copas se llenaron de aguardiente de Holanda y se vaciaron por los cuarenta cazadores.

Uno solo sin embargo, tenía aun su primer vaso de vino delante de sí, y esto parecia tanto mas extraño cuanto que su copa tallada en forma de torca era dos veces mas grande que las de sus compañeros: era Reginold, el amante de la condesa de Koenigsmarek. Su vestido enteramente negro de mangas anchas, cuyas estremidades dejaban ver sus manos que eran muy bellas, estrecho de talle y mas largo que el de sus compañeros, anunciaba una dignidad que no era ni militar ni civil, por lo demás tenía como los otros botas, espuelas y una pequeña perilla rubia. Era severo y bello y de una calma tal en sus facciones, que acababa de probar que no se dedicaba al ejercicio de las armas á pesar de la analogía que habia entre sus compañeros y él.

Su sobriedad, desusada sin duda, á juzgar por la copa monumental que tenia delante, le atrajo estas inculpaciones de muchos puntos de la mesa.

—Reginold no bebe, es un traidor!

—Reginold no bebe, es un loco.

—Reginold no bebe, es...

—Quién ha sospechado siquiera que Reginold no bebia? preguntó con tono de incredulidad el rey.

—Ved si hemos mentado, replicó uno de los jóvenes vaciando de un solo trago la copa de Reginold.

—Es pues cierto, dijo Carlos, que mi favorito nos juega hoy la mala partida de no beber? y me hace personalmente esa afrenta?

El jóven vestido de negro y de facciones tan dulces y tan fieras á la vez, era como hemos dicho el mejor amigo del rey de Suecia que acababa de hablarle con una especie de autoridad templada por una profunda afición. El rey añadió:

—Qué tiene, pues, mi Reginold?

Reginold sonrió gravemente, y respondió:

—Majestad, tengo mis razones.

—Aquí no hay majestad ni razon para no beber. Por lo tanto beberás.

Reginold hizo entonces como que bebia, pero en realidad no hizo mas que llevar á los labios la copa que un oficioso criado habia llenado de nuevo de aguardiente de Holanda.

Alzóse una protesta general.

—No ha bebido!

—Se burla de nosotros!

El rey añadió:

—Qué! Reginold, tú, el solo que me iguala en las fatigas de la caza; tú que velas como yo cuatro noches enteras sin cerrar los párpados; tú me abandonas hoy? Por mis abuelos, cuyos retratos nos rodean, que vas á beber con nosotros hasta la última gota de ese aguardiente.

—Dios mio! que feos son vuestros abuelos, dijo Rauschild señalando con la punta de un cuchillo, uno de los retratos colgados en las paredes. Este tiene el aire de un verdadero diablo coronado.

—Es el padre de mi abuelo, que enseñó sus cuernos á los noruegos.

—Este otro tiene facha de lobo.

—Es su hermano. Ese lobo ha comido mas de un perro danés.

—Este otro, exclamó un tercero, parece un oso.

—Es mi abuelo. Los rusos no lograron nunca su piel.

—Este otro...

Carlos interrumpió esta adolorada enumeración de sus antepasados, para decir alzando su copa, movimiento que imitaron sus compañeros, y bien, por la sombra de todos esos reyes de Suecia, que hablan bien aunque tan feos os parecen, ordeno á Reginold que haga lo que vosotros.

Todas las copas se vaciaron en un instante, excepto la de Reginold. Habiéndose apercebido de este acto de desobediencia, Carlos XII lanzó con fuerza su vaso contra la pared, aplastándole como una bala y exclamando:

—¿Qué quiere decir eso?

Todos los cazadores tan enojados como el rey, miraban con la ira de la embriaguez al intrépido y rebelde Reginold que dijo con tranquilidad:

—Señor, detrás de los retratos de vuestros abuelos hay una pared.

—Quién la duda? Vas á hacer como el soñador?

—Detrás de esa pared hay otra sala.

—Conozco mi palacio, á Dios gracias.

—Vamos es la repetición de la escena de la caza.

—En esa sala se encuentran gentes que oyen, añadió Reginold.

—¿Qué nos importa? exclamó Carlos impacientado, si escuchan qué digan! ¿Qué quieres decir, en fin, Reginold? Habla!

—Que hubierais hecho mejor en absteueros como yo esta noche, que en hacerme beber como vos.

—Bebel!

—Obedece, señor.

Reginold, sin perder su calma, bebió todo el aguardiente que contenía su copa, después de murmurar con respeto. A vuestra salud.

Eso está bien, así quiero verte, así es como yo te amo, dijo Carlos tendiendo la mano á su confidente de un estramo á otro de la mesa.

Tanto como frio era el aire exterior en aquel momento (era diciembre), tanto el aire interior era caliente y abogaba por la multitud de personas reunidas en la misma sala por la prodigalidad de las bugias



(El duque de Choiseul.)

encendidas, y sobre todo por la inagotable variedad de los vinos y licitores de toda especie, repartidos en copas inflamadas.

—Que cada uno, dijo Carlos XII, que ya no pensaba mas que sus compañeros en las palabras casi proféticas de Reginold, que cada uno segun nuestra invariable costumbre, cuente una historia que tenga que ver con el juego, el vino ó las mujeres.

—Nada mas que eso! dijo una voz.

—Apuesto á que es el capitán Megrel el que acaba de hablar.

—Sí, es el francés.

Se oyó otra voz que decía.

—Oh francés! amable francés! francés demasiado amable!

—Yo no me oculto, respondió Megrel.

—Y bien, tú eres quien nos contará una historia de juego.

—Nada mas que una?

—Viva el parisienel!

—En tanto que Dios, y le concedo un gran honor, nos cuenta puesta en un pié, una historia que tenga relacion con el vino.

—Nada mas que en un pié preguntó Olof levantándose y poniéndose apenas sostener sobre los dos.

—Nada más que en un pie, repitió con tono severo el rey de Suecia.
—Tanto valdría decir sobre ninguno, añadió el capitán Megret mirando con aire de compasión á Olof que estaba en vano de ponerse en equilibrio.

—Vámonos tu historia, dijo impetuosamente Carlos XII, dando en la mesa un golpe con el puño cerrado.

Olof, verdadero gigante por la estatura y la fuerza, llevaba la cabeza á sus camaradas, y como todos los gigantes tenía en su fisonomía una expresión de angélica benignidad. Hubiera deshecho á su mejor amigo sin alterarse. Sus largas manos hubieran podido servir de asiento á dos hombres.

Limpio su frente del sudor que le costaba el trabajo que hacía, y dijo balanceándose:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—Una fulminante carcajada acogió esta salida del pobre Olof, que creía haber entrado en materia muy seriamente; por lo demás, caído sobre el capitán Megret que le replicó, fué á dar sobre Reuchlin que le arrojó á su vez sobre Megret.

Réquesto después de vanos esfuerzos, en equilibrio sobre su pierna prosiguió:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—¡Ah, eso es demasiado!

—¡Ved cómo vuelve á empezar!

—¡Vámonos! eso es imposible!

—Se burla de nosotros.

—¿Te burlas verdaderamente de nosotros pretendiendo que tu botella contiene ciento cincuenta?

—Absjo, Olof.

—¡Silencio! que siga!

—¡No!

—¡Nosotros queremos!

—¡Nosotros no!

—Señores, dijo sobreponiéndose al tumulto el capitán Megret, nuestro camarada Olof consiente en hacer algunas concesiones... su botella no contiene más que ciento...

Pero los cuchillos de caza habían sido ya sacados. El bravo Olof, á quien esta hostil y sangrienta diversion agradaba mucho, cogió también su cuchillo de caza, y apoderándose desembarazadamente de la cabeza de Megret, se dispuso á quitársela como un adorno inútil, diciendo:

—¡Ah! ¿con que mi botella no contiene más que ciento?... francés, amable francés, francés demasiado amable...

—¡Ve ya á degollas! exclamó Megret.

—Su córbata me estorba, gritó Olof buscando el cuello del capitán.

—¡Favor!

Ya era tiempo de detener al buen Olof en la ejecución de su proyecto. El rey hizo una bola de miaga de pan y la arrojó al gigante, á quien dió en el ojo derecho.

—¡Basta! añadió, basta!

Á esta voz, cuya autoridad no me desconocía ni aun en medio de las mayores escenas, Olof, á pesar de su salvaje embriaguez, se volvió á sentar tan apaciblemente como si hubiera renunciado á comer una rebanada de jamón.

Quando todos los cuchillos hubieron vuelto á sus bainas, Carlos XII, cuyos ojos chispearan con luz sombría, carácter particular de su resaca intemperancia, dijo con voz nerviosa:—Megret, á ti te toca; esperamos tu historia.

El aventurero francés empezó así:

—Había una vez en París, en la corte de Luis XIV, de donde vengo, un ingeniero francés que perdió al juego cuanto tenía, sus capitales, sus rentas, su cabeza y no pudo salvar más que su peluca.

—¿Cómo su peluca?... ¡Salvó su peluca habiendo perdido la cabeza? francés, tu chiste...

—Toma por tu chiste, dijo un convidado colocado á la estremidad de la mesa enviando una botella de Champaña á la cabeza de Megret. Dichosamente este la cogió al vuelo y la ofreció á Olof que la bebió de un trago; apenas se sintió este incidente.

—Si señores, perdió su cabeza y salvó su peluca, os lo aseguro.

—¿Con qué?

—Con mi cabeza que he perdido y mi peluca que he conservado. Esta historia es la mía, este aventurero soy yo.

Empezó á escuchar con más atención. Desgraciadamente se jugaba al escaró.

—¡Un juego encantador! exclamó uno.

—Un juego sublime.

—¡Cartas!

—¡Cartas!

El narrador, que no tenía la cabeza muy segura, fué detenido súbitamente por esta tempestad de gritos:—¡Cartas! cartas! cartas!

Trujéronse las cartas y se comenzó á jugar.

—Prosigue, dijo el rey poniendo una de sus piernas sobre la mesa. Y todos bebían, gritaban, juraban, jugaban y escuchaban á la vez.

Megret prosiguió:

—Yo jugaba aquella noche con un barón danés.

—¡Perros daneses!

—¡Muerte á los daneses!

—¡Paz! exclamó Carlos XII dando con su hata tan fuerte golpe en la mesa, que una botella de Tokai cayó rodando hacia Olof que la cogió, la destapó y la bebió con la misma serenidad con que había bebido la de Champaña.—Prosigue Megret: ¿cómo se llama tu barón?

—Sandel; como os he dicho, me ganaba sucesivamente cuanto poseía; el dinero que tenía en el bolsillo, el que tenía depositado, mis dominios, y lo que es más espantoso, no podía encolerizarme con mi adversario que jugaba con perfecta lealtad. Hubiera querido que hiciese trampas para tener un pretexto para ultrajarle, para arrojarle las cartas á la cara. ¡Oh felicidad! En aquel momento noté que tenía un rostro muy feo y una nariz singular, enorme; me consolé porque encontraba un magnífico pretexto.—Baron, le dije, ¿qué nariz tenéis! Eso es lo que os dá la fortuna... ¿Tenía vuestro padre otra parecida? Y él respondió friamente:—Capitán, os gano mil luises.—Pero qué inoble nariz enseñáis á las gentes, barón! y vuelve á replicar:—Os gano otros mil luises, capitán. La cólera me ahogaba; esa sangre fría me desolaba.—Baron, exclamé, yo tendré vuestra nariz.—No la tendréis.—La tendré.—Y bien, yo tendré vuestra peluca que es la más bonita, la más charra, la más ridícula peluca que he visto; pero pagad otros mil luises que acabáis de perder, capitán Megret.—Ya veis que el barón no carecía de valor.

Quando me hubo arruinado hasta el último Luis me dijo: ¿queréis que ahora hablemos un poco de mis narices? Esta ironía me hizo el efecto de un bofetón, y al momento con una imperlinencia de las más cómicas cogí su nariz que empecé á apretar; él de un revés hizo saltar mi peluca. Ya preveía las consecuencias. Fuimos al campo al momento; empezaba á amanecer. El barón era un buen tirador, me arrojó un terrible golpe al pecho, le paro y antes que él cogue la guarda le paro de parte á parte. Cayó muerto. Yo no sabía mejor librado, á decir verdad, porque el duelo se castigaba entonces con pena de muerte y no se perdonaba á nadie. Apenas tuve el tiempo necesario para ganar la Lorena donde un pariente me prestó mil luises para seguir mi viaje. Llegado á Alemania me embarqué en Hamburgo para Stholmina, adonde doy gracias á Dios de haberme traído, pues encuentro un rey que me acoge tan bien...

El rey reaccaba.

—Pero no habéis tenido su nariz, dijo Olof, no la habéis tenido, francés amable.

Olof disparó ecos burlones que repitieron.

—No habéis tenido su nariz!

—No ha tenido su nariz.

—No ha tenido la nariz del barón Sandel.

—¿Debia cortársela?

—¡Sí!

—¡Vaya!

—Os ha ganado vuestro dinero como habéis confesado y no habéis tenido su nariz. No habéis sostenido vuestra fuafarronada.

—Le he muerto.

—No habéis tenido su nariz.

—No ha tenido su nariz.

—¡Vive Dios! exclamó Megret subiendo sobre la mesa y poniendo su peluca en la punta de su espada; si no ha tenido su nariz tampoco él ha tenido mi peluca y nadie la tendrá; os desafío á todos á conseguirla.

Olof trató de levantarse y ensayar.

Pero esta vez Megret al abrigo de toda sorpresa, puso su pierna en la espalda del gigante y le empujó y le dejó caer cual largo era. Todos empezaron á reír y aplaudir, lo cual despertó al rey que dijo, como si no hubiera tenido lugar la historia que él no había oído.

—Apuesto cien luises por Reginold.

—Pero, le dijeron Reginold no juega, pensó, medita.

—Es posible? M. del Reginold no tiene cartas?

—No señor.

—Que haces, puez, Reginold? qué tienes? Yo no te reconocco. Si no has traído dinero trá aquí mi bolsa, toma.

Y Carlos XII envió una bolsa llena de oro á Reginold que no la tocó; todos los cortesanos se sorprendieron de esta conducta del favorito que había ya antes faltado al orden ó mas bien al desorden de la sociedad negándose á beber y que llevaba al colmo su avaricia, negándose á jugar sobre todo después de la indicación del príncipe.

Carlos XII, para quien todo era en el festín, un motivo de cólera y arrebató, puso la otra pierna sobre la mesa y arrellanado en su sillón, giró en torno los ojos centelleantes exclamando:

—Reginold, dime la causa de tu tristeza ó de tu destierro esta misma noche al fondo de la Noruega.

—Esta noche, contestó Reginold, se podrán ver cosas más sorprendentes que mi destierro.

—Y que sucederá esta noche?

—El Báltico se tragará á Stokolmo?

Las preguntas irónicas se mezclaban con los gritos de los jugadores, los brándis y los reproches que Carlos hacía á su favorito.

—Sucedará, dijo Reginold, que podré no ir yo solo al destierro de la Noruega.

—Qué dice?

—Hé dicho.

—¿Quién más que yo, dijo el rey, se atrevería á desterrar. Mi buen Reginold, ¿ves que pierdes la razón á medida que los otros beben.

—Es posible.

—Yo solo te ordeno que juegues conmigo, Cartas á Reginold.

Reginold inclinó la cabeza en muestra de obediencia, y tomó de manos de un criado las cartas necesarias para el juego que el rey le proponía.

Sin moverse de su postura, Carlos arrojaba las cartas por encima de la mesa con los ojos medio cerrados.

—Antes de media noche, murmuró, desea que Reuschild nos cuente la historia amorosa con que ha prometido regalarnos.

—Con mucho gusto señor, voy á pagar mi escota.

—Señores, un poco de silencio.

Reuschild comenzó.

—Un viajero, dijo á otro á quien se adelantaba. En todas las casas de Stokolmo en que encuentre una mujer ligera, pondré una cruz blanca.

—Encantador! interrumpió Megret, una historia galante de París no comenzaría de otro modo.

Reuschild continuó.

—El otro viajero llegó á su vez á Stokolmo, pero apenas entró en la ciudad huyó con terror.

—Con terror ¿Por qué?

—Sí, por qué? Preguntaron todos.

—Porque tomó la ciudad por un cementerio no viendo en ella más que cruces.

Rióse mucho de esta respuesta, pero con amargura y cólera.

—Vuestro pintor de cruces blancas ¿no hizo ninguna excepción? preguntó el hijo de un consejero que pensaba casarse con una viuda.

—Perdonad, respondió firmemente Reuschild, hizo una, sola una, la del palacio real á causa de la hermana de S. M.

—Hizo dos por lo menos, lo sostengo contra el impertinente que se atreve á decirlo contrario; exclamó Reginold, paseando miradas de furor en torno de la mesa.

—¿Quisiera saberlo, dijo Reuschild mas directamente dudado que los demás; pero en fin ¿quién es la dama que quereis exceptuar?

—Sí; conozcamos su escepcion.

—Seríamos felices con saberla.

—Y no la olvidaremos nunca.

Reginold los miró á todos y respondió.

—Sí no hizo esta segunda excepcion debió hacerla.

—¿Pero en fin por quién?

—Por el palacio de la condesa Aurora de Konnigmarek.

—Murmillos de incredulidad brotaron por todos lados terminando en motas más ó menos ofensivas para la condesa y su ocioso caballero.

—¡Dios me condene! ¡estamos en París! exclamó Megret.

—¡Oh! La condesa de Konnigmarek exclamaba otro cubriéndose el rostro con una servilleta.

—¡La condesa Aurora, señores, se llama Aurora!

—Es celestial como su nombre.

Reginold exclamó.

—¿No es, señores moñadores, la mas hermosa mujer de Europa?

—Sin duda, sin duda, respondieron todos.

Carlos XII guardaba silencio; pero un ramalazo rojo que se extendía por sus mejillas tan pálidas desde el principio de su embriaguez indicaba que no era tan indiferente á la conversacion como hubiera podido hacer creer su obstinado silencio.

—La mas hermosa mujer de Europa, dijo Megret para sí, después de su dama Georgina.

—¿No es la mejor dama de Alemania? volvió á preguntar Reginold?

—Ciertamente.

—Después de Georgina, repitió Megret.

—¿No pasa por la mujer mas amable que haya brillado en el Norte?

—Nadie dice lo contrario.

—Siempre después de Georgina.

—¿No se la considera como la mas ingeniosa de su sexo?

—Sí, y mil veces sí, pero...

—Siempre después de Georgina, continuó diciendo Megret.

—Pues entonces, añadió Reginold con extraña vehemencia; ¿qué hay que decir contra ella, tan hermosa, tan ingeniosa, tan noble, tan pura?

Las risas burlescas resonaron de nuevo en los dorados ámbitos de la sala, en que acababa con la noche esta cena monstruosa.

—Mi pobre Reginold, le respondió el jóven dragon Milius, es noble, encantadora, é ingeniosa tu condesa; pero representa la pureza como representa su papel de política en la corte de Suecia.

Reginold apenas pudo contenerse oyendo esta acusacion y miró á Carlos XII que continuó obstinado en su silencio.

—Su esterior tan dulce, tan modesto, tan lleno de gracias, prosiguió Milius, es una comedia.

—Pruebas, exclamó Reginold fijando siempre los ojos en el rey, pruebas!

—Vedlas, pues. La condesa lo observa todo aquí, para contarla á las cortes extranjeras que no nos aman mucho, como sabéis. Nos espian por órden del rey de Dinamarca.

—Mentira! exclamó Reginold.

—Y del rey de Polonia, añadió Milius, de quien ha sido ó es la querida.

—Defendedos, exclamó Reginold, defendeos! y se precipitó con la espada en la mano sobre el dragon que estaba armado ya.

Carlos XII hizo un movimiento que consistió en levantarse á medias sobre la mesa, en que habia acabado por acostarse, y dijo arrojando su servilleta entre los combatientes.

A la vaina los aceros! podría encerrarlos á ambos en un castillo por haber osado sacarlos en mi palacio.

—Es justo, dijo Reginold, sacando de su cinto un par de pistolas. Dio una al dragon y alejándose algunos pasos disparó la otra. La bala quemó un mechón de pelo á Milius...

Entonces el tumulto fué horrible... andábase sobre la mesa, cayeron los sillones, las botellas volaron rompiéndose con estrépido, las espadas se lloraron...

—Señor, dijo al rey en voz baja un oficial, los consejeros de V. M. van á reunirse en el salon inmediato para conferenciar, segun dicen, sobre la medida que debe tomarse al momento.

—Que vengan.

—Pero señor... esta cena... este desórden...

—No importa. Señores, dijo el rey cogiendo el mantel y tirando de él con cuanto contenia, lámparas, platos y botellas, de modo que toda cayó estrepitosamente. Señores, mis consejeros reclaman esta habitacion. Dejádela por algunas horas... os haré llamar cuando bayan salido. En cuanto á mí, les voy á presidir.

Carlos XII fué al momento obedecido; oficiales y cortesanos se retiraron á la sala inmediata, y el rey como acababa de anunciar, tomó de nuevo para presidir el consejo la postura que tenia algunos minutos antes. Se recordará que estaba acostado sobre la mesa.

El consejo fué introducido.

(Continuará.)

AL ALMA DE MI ALMA.

SERENATA.

NOTE.

Lirio frágante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura:

¿Si eyes mi ruego
Por que el sosiego
Robarme quieress?

ESTROFA PRIMERA.

Me das la vida con tus amores,
Me das la muerte con los desvelos,
Depon, hermosa, fieros rigores,
Dame tus brazos, toma los míos:
Si pude un tiempo causarte agravios,
No me castigues con tus enojos;
Deja que amante beba en tus ojos:
Sin ti la vida me da tormento,
Tú eres mi gloria, mi pensamiento:
La sola flor que creces
En mi camino:
La luz que resplandeces

En mi destino;
La estrella pura
Que Dios puso en el cielo
De mi ventura.
Tú prestas alas á mis deseos,
Continuamente tu imágen veo;
Tu vista calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA.

Cuando á ti lleguen de mis pesares
Los tristes ecos en son de quejas;
Cuando yo turbe con mis cantares
Tu casto sueño, cubre tus rejas.
Si acaso llegan á tus oídos
Entre las notas del dulce canto,
Recuerdos gratos por tí queridos,
Y allá en tu lecho te arrancan llanto,
Vuelve á mis brazos, y arrepentida
De tus rigores dame la vida.

Que si conmigo dejas
De ser tirana,
Y sales á las rejas
De tu ventana,
Mi fé te jura
Ser girasol constante
De tu hermosura.

Cuando lucen serenos, libres de enojos,
Y me brindan placeres tus bellos ojos,
Su lubre calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA TERCERA.

De tus amores la oculta historia
Guardo en la mente como un tesoro;
Tiene un infierno, tiene una gloria,
Con ella canto con ella lloro:
Tras cada letra tu imágen veo
Que me sonríe... que me rechaza...
Que se armoniza con mi deseo...
Que luego, impía, me despedaza.
Ni sé si muero, ni sé si vivo,
Pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieres pedazos

La dicha mía,
Yo al verte en otros brazos
Me moriría:
No haga la suerte
Que por dar á otro vida
Me des la muerte.

Si es ley forzosa de nuestro sino,
Que hemos de ir juntos por un camino,
Con tu amor calma mi pena impía,
Y así serás el alma
Del alma mía.

NOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura:

¿Si oyes mi ruego,
Por qué el sosiego
Robarme quieres?

JUAN DE LA ROSA.

Para el album de la emperatriz de los franceses.

SERENATA.

Del ámbar de sus labios
El aura llena,
Murmura en las campiñas
Que baña el Sena:
«Amor consiente,
Que la imperial corona
Brille en su frente.»
Y en tanto el Manzanares
En blando giro,
Al eco que se pierde
Como un suspiro,
Lento murmura:
«Antes fué aquí la reina
De la hermosura.»

José de SELGAS.

Madrid, 1853.

